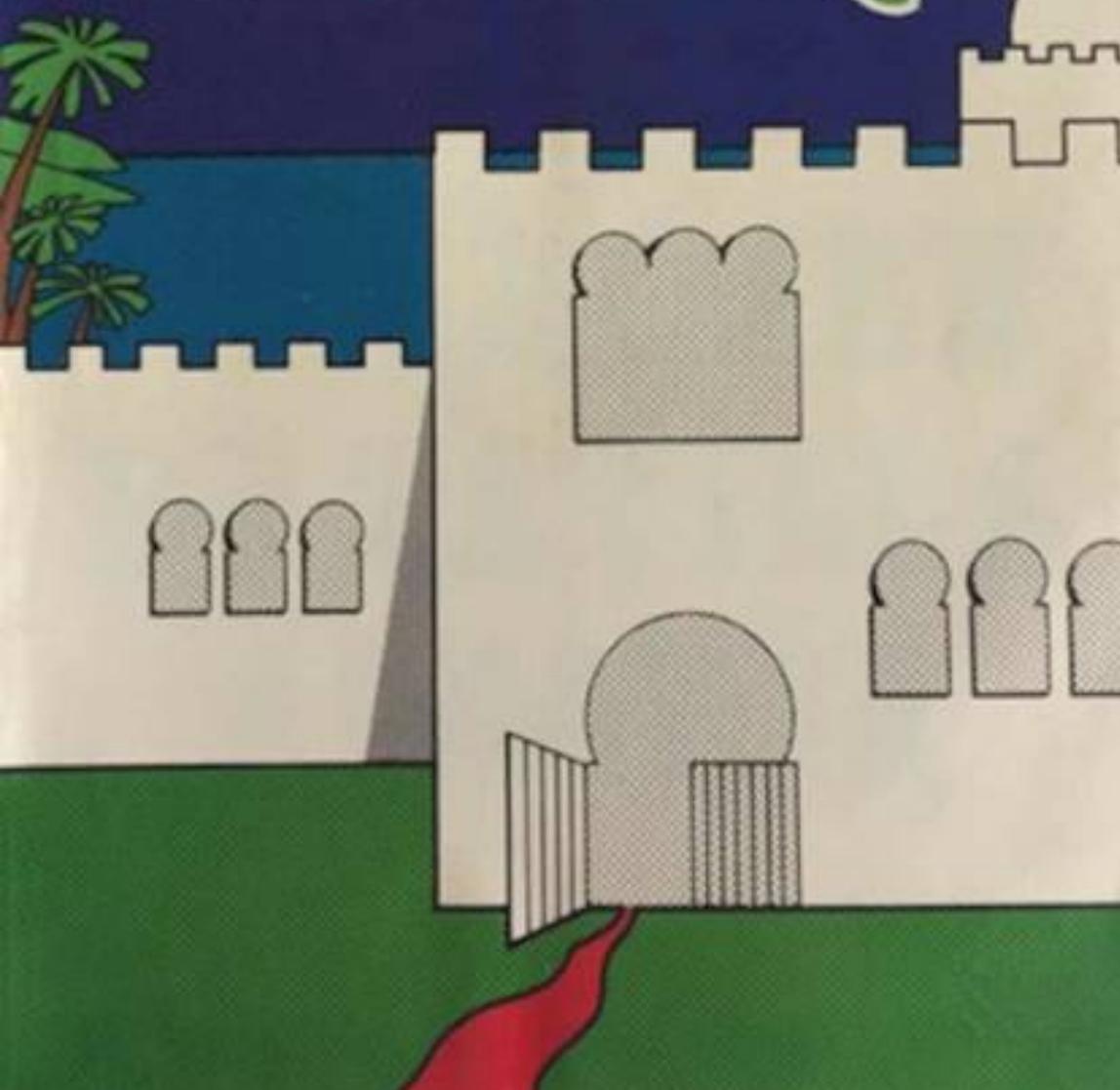


JOSE FUENTES MARES

EL CRIMEN DE LA

VILLA ALEGRÍA



Creo que Olenka Kochuviebsky, Sebastián González, Helmut Heller, Lorenzo Rodríguez, Marianne Heller, Nuria Cuart, Gonzalo Casado, Enrique Kleppert, Óscar Chávez y Arturo Gámiz viven realmente en *El Crimen de la Villa Alegría*, o que al menos hice cuanto pude para dejarlos vivir sin mi interferencia. El libro es historia en parte, solo en parte como todo casi. No he pretendido relatar la vida de nadie en particular. En *El Crimen de la Villa Alegría* solo me propuse crear un mundo de ficciones sobre un mundo de realidades.

José Fuentes Mares.

Índice de contenido

Cubierta

El crimen de la Villa Alegría

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

Sobre el autor



I

MIENTRAS EL VIENTO sacudía ceibas, palmares y tabachines las olas dejaban en la arena sargazos verdes, conchas rotas, maderos pulidos con sus manos. Cielos lechosos y oscuras laderas vegetales dirimían su viejo pleito en el lomo de la cordillera. Amanecía al bajar en el aeropuerto de Los Amates el primer avión de México con docena y media de pasajeros desmañanados, turismo económico que deja la cama temprano para pagar dos noches de hotel y asolearse tres días en la playa. Inspectores de Gobernación y Aduanas revisaban documentos y maletas; nativos de torsos charolados cargaban rejas de fruta, carne y legumbres para los hoteles. En los altoparlantes del aeropuerto se oía la voz de costumbre: «Aeronaves de México anuncia la salida de su vuelo 129 con destino a la ciudad de México. Señores pasajeros, favor de abordar el avión por la puerta número 2». La misma voz repitió el anuncio en inglés, y los pasajeros principiaron a abordar la nave. El 1.º de enero de 1968 era un día como todos en el puerto de Acapulco. En rigor cualquier día es como todos, en cualquier parte, salvo por la significación que suelen darle sus actores.

Sobre la Calzada Costera, en su inmueble destartalado, sucio, con hedor a paredes podridas, estaba la Jefatura de la Policía Judicial.

—Noche tranquila —comentó uno de los agentes mirando por la ventana—; estos cabrones tuvieron suficiente con el año nuevo; todavía duermen los muy jodidos. Les va a durar la cruda toda la semana. ¡Carajo, ya son las 7 y no llega el Negro con el relevo! —agregó malhumorado, encendiendo un cigarrillo—. Los hijos de puta se habrán quedado dormidos...

—No, ay vienen, dijo otro al ver un coche que se aproximaba: ay vienen; vámonos a la chingada.

Un Chevrolet anticuado aparcó junto a la acera y tres sujetos bajaron dando portazos. Uno de ellos, El Negro, se dirigió al mueble cochambroso que le servía de escritorio; del morral sacó un termo y una torta de salchichón; se sirvió una taza de café. Daba el primer sorbo al campanillar el teléfono.

—¿Que qué? ¿En la Villa Alegría? ¿En Las Brisas? ¿Quién habla?... Bueno, lo mismo da... sí, cómo carajos no; allá vamos... Si, espérenos, no tardaremos. —Y colgó.

—¡Temprano comenzamos hoy! —comentó mientras vaciaba la taza de un trago—. Andando —ordenó a uno de sus compañeros—: ven tú conmigo, es por Las Brisas... dijo el criado que en la Villa Alegría... ¿sabes por dónde queda eso? El año pasado jodieron a una griega por ese rumbo ¿te acuerdas? El tipo ese habló de un muerto; vamos a ver qué pasó.

—¿Muerto de que? —preguntó otro de los policías, carraspeando.

—Pos muerto de muerte, no seas pendejo —cortó El Negro—. A lo mejor de borracho, como el del otro día. Ya sabes a lo que vienen los ricos; a eso y a darle al gusto; anda, toma las llaves, tú manejas; pégale un grito a Pedro pa que se quede mientras llegan los otros. Ora nos cayó el jale muy temprano...

Minutos más tarde el coche de los judiciales enfilaba por la Costera, camino de Las Brisas. Sus dos ocupantes no cruzaron más palabras. Llamadas telefónicas como esa eran

frecuentes, pues las noches de Acapulco dejaban su cosecha de víctimas. Delitos sexuales, delitos patrimoniales y contra la integridad de las personas, como dicen los penalistas. Sobre todo después de la muerte del rey Lopitos. Cuando Lopitos vivía las cosas marchaban mejor, sujetas al doble control del rey y la policía. Pero un día mataron a Lopitos, y el lumpen acapulqueño perdió su liderazgo. Al faltar el prestigio, la autoridad moral del celeberrimo Lopitos la policía quedó al garete, obligada a entenderse con todos y cada uno de los maleantes. Un verdadero desastre. Mejor le iban las cosas con los dueños de fincas de recreo, gente adinerada de México y otras partes. Con ellos se habían entendido siempre, con Lopitos de por medio, o sin Lopitos. Mientras no se tratara de casos particularmente gordos, las cuotas de disimulo fluctuaban de unos pocos billetes de cien a varios de mil, más si la cosa llegaba a mayores, como cuando Fenton escabechó y desapareció a un matrimonio gringo, llegaban los judiciales de México con sus ínfulas, quedándose los nativos como el perro del hortelano. Además los policías del DF los trataban como a sus criados. A la hora de repartirse los billetes se enchalecaban los de tres ceros y a ellos les dejaban las migajas. Por eso los judiciales del Puerto preferían los delitos menores, carajadas de poca significación que les permitían aplicar libremente sus cuotas de disimulo según el tamaño del escándalo y el valor o cobardía de su autor para enfrentarlo, pues en ese punto no reaccionaba igual una respetable señora con marido financiero que un artista de cine, ni un político que una cantante de la TV. El volumen del sapo; la ubicación social del sapo, condicionaba el tamaño de la pedrada.

Minutos más tarde se detuvo el coche frente a la barda caliza con dos accesos visibles: un portón de madera con grandes aldabones bronceados, y al lado una reja a cuyo través podía verse parte del jardín y de la casa, semioculta entre laureles y tabachines. Sobre la barda, entre el portón

y la reja, en letras de bronce se leían dos palabras: Villa Alegría.

—Por lo que me dijeron por teléfono es aquí —dijo el Negro aproximándose a la reja para llamar con el timbre—. No se ve nadie; por lo visto los muy cabrones la quieren muy discreta. Más vale así. Luego van a decirnos lo mismo de todos; que no quieren autopsia; que no quieren periodistas; que no quieren nada...

—Dios lo haga —asintió su acompañante—; a mí con esto de la Navidad y el año nuevo me fue de la chingada. El cabrón aguinaldo sirvió pa verga...

—De eso tú tienes la culpa, jodido —reprendió el Negro mientras pulsaba el timbre nuevamente—; con tres viejas y tres familias no puede ni el jefe... Mira, ay viene alguien... Ojalá que tengan el certificado. Con el certificado médico en orden no hay chingadera. Cada quien se muere de lo que quiere morirse...

En efecto, un hombre se aproximaba con chaqueta de sirviente y un sartal de llaves en la mano. Sin dar los buenos días abrió la reja, les pidió seguirles, y los tres cruzaron el prado hasta la parte posterior de la casa, una terraza elevada dos o tres metros sobre el nivel del jardín.

—El señor ha muerto —díjoles el criado con voz apenas audible—; miren, allí está su cuerpo al lado de la alberca. También están las señoras ¿las ven? Ellas les dirán cómo fue todo. Ahora bajen; mi mujer y yo estaremos en la cocina, por si nos necesitan. El teléfono de la casa está junto a la puerta aquella. —Y se retiró.

El Negro asintió con una inclinación de cabeza, y durante unos segundos permaneció inmóvil, observando el lugar. Primeramente una escalera de piedra comunicaba la terraza con el jardín, este un rectángulo arbolado, rincón muy íntimo rodeado de una barda compacta salvo por uno de sus lados, donde una verja bordeaba el acantilado frente al mar. Al fondo, en un sofá entoldado fumaban dos mujeres, y una más se hallaba sentada en el césped, junto al hombre

muerto. A un lado de la alberca veíase un zócalo de piedra, y en el suelo una estatua o escultura despedazada. Los judiciales bajaron la escalera, aproximándose a la mujer joven que no apartaba los ojos del cadáver, en cuyo pecho se advertían varios grandes lunares de sangre coagulada. La muchacha no pareció darse cuenta de la presencia de los recién llegados, pues no volvió siquiera la cara al preguntar el Negro algo sobre la pistola, en la mesa de hierro contigua. El policía se concretó a envolverla en un pañuelo, la guardó en su bolsillo y se aproximó a las otras dos mujeres, una de ellas vieja, de cabellos blancos y gafas de présbita; la otra cincuentona y hermosa también, como la muchacha. Tampoco ellas parecían advertir su presencia.

—¿Qué fue lo que pasó aquí? —preguntó el Negro, imperioso.

Pero ninguna de ellas respondió. Ausentes, mecánicamente aspirando el humo de sendos cigarrillos.

—¡Pregunto qué cabrones pasó aquí! —grito el policía—. Vamos ¡hablen! ¡Qué cabrones pasó aquí! ¿No me oyen?

—¡Merde! —dijo al fin la vieja con el cigarrillo entre los labios.

—¿No saben español? ¿Son gringas? A ver usté —y se dirigió a la muchacha junto al cadáver—; diga algo. ¿Sabe quién mató a ese hombre? ¿Fue usté? —Pero la joven no respondió; no apartaba los ojos del cuerpo ensangrentado.

—¡Anda! —ordenó finalmente el Negro a su acompañante—; ¡ve al teléfono y llama a los de Investigaciones Previas! ¡Que se dejen venir con cualquier hijo de puta que hable inglés! ¡Pero muévele, huevón!

—¡Espere! —atajó la cincuentona poniéndose de pie—. Todos hablamos español; no necesitamos intérpretes. Yo voy a decirle lo que pasó...

—¡Las tres van a decir lo que pasó, pos cómo no! —barbotó el Negro—, ¡no nomás usté! A ver —y se dirigió a la

vieja—, hable y diga lo que sabe. ¿Sabe quién mató a ese hombre?

—¡Merde!

—¡Ya me cayó en los huevos la palabrita esa! ¿No sabe otra?

—¡Merde!

—Déjela en paz —terció la mujer madura—; es mi madre y no se enteró de nada. —Dio unos pasos hacia el cuerpo yacente; lo miró fijamente, y girando sobre sus talones se encaró con el Negro.

—Yo lo maté —le dijo con voz segura—, pero no tenía ese propósito; fue un accidente. Estoy dispuesta a declarar; que vengan a levantar el acta...

—Mentira —dijo la joven sentada junto al muerto, sin apartar de él sus ojos—; todo eso es mentira... Ella lo mató a sangre fría...

—Discúlpela, no sabe lo que dice...

—¡Pero yo sí voy a saber lo que tengan que decir todas ustedes! ¡Anda, corre al teléfono y díles que se vengan de volada! —ordenó el Negro a su acompañante—. ¿Son ustedes madre e hija? Porque se parecen mucho...

—Sí, ella es mi hija y ese hombre fue su amigo... bueno, amigo de las dos. Hoy muy temprano me enseñaba cómo manejar una pistola... una pistola que estará por allí. La verdad es que no supe en qué momento se vació la carga... fue tan inesperado... tan horrible...

—¡Mentira! —gritó la joven, ahora incorporándose—. ¡Mentira! ¡Tú lo mataste! ¡Tú lo mataste! —Y sollozando volvió al lado del muerto...

—No tome en cuenta lo que dice —insistió la mujer—; ella no estaba presente al suceder eso... ella estaba en la casa... no pudo saber... ¡Y qué ojos puso al dispararle!

—Así miran todos los que se mueren, señora; como si quisieran detener las balas con los ojos. Mire, aquí tiene otro tiro en el pescuezo; con esa habría tenido. La verdad es que se ha metido en un lío de la puta madre, señora.

—Pero yo nada más; deje en paz a mi madre y a mi hija; ninguna de las dos podrá decir cómo ocurrieron las cosas; yo diré todo. Ellas pueden retirarse.

—¡De aquí no se va nadie! —rugió el policía—. ¡Pero nadie! Cuando lleguen los de Investigaciones, ellos dirán. Y usted —agregó volviéndose a la muchacha— ¿dice que su madre lo mató?

—Sí; ella sabe por qué lo hizo...

—¿Y usted vio algo? —preguntó el policía a la vieja.

—¡Merde!

—¡Pos a la merde con todos ustedes!

Minutos más tarde llegaron otros policías con el personal de Investigaciones Previas, el agente del Ministerio Público, un fotógrafo y dos camilleros. El fotógrafo disparó su cámara varias veces; los camilleros cargaron con el cuerpo, y las tres mujeres abordaron el vehículo policiaco en tanto que dos agentes montaban guardia en la puerta de la Villa. Al retirarse los automóviles, un centenar de curiosos invadía la calle.

Al siguiente día los periódicos publicaban la noticia con grandes titulares: «Crimen pasional: la hija acusa a la madre», decía uno. «Enrique Kleppert asesinado: en amores con la hija y la madre a la vez», encabezaba otro, a ocho columnas. En recuadro aparecía el acta del agente del Ministerio Público, con la fe de los hechos: «A las ocho horas de la mañana de hoy, 1.º de enero de 1968, me trasladé a la finca llamada Villa Alegría, en el fraccionamiento Las Brisas de esta ciudad, donde encontré el cuerpo sin vida de un individuo del sexo masculino, de aproximadamente 30 años de edad, de complexión robusta, cabello y bigote rubio, de 1.70 metros de estatura, en decúbito dorsal junto a la alberca. El cuerpo presentaba cuatro orificios de bala en el pecho y uno más en el cuello, tres de ellos sin orificios de salida, al parecer todos ellos mortales. Previo reconoci-

miento del lugar, y el secuestro de una pistola escuadra calibre 32, marca Colt, con el cargador vacío, puse el cuerpo a disposición de las autoridades correspondientes para la práctica de la autopsia de ley. Tanto la señora Olenka Kochuvielsky, propietaria de la finca, como su hija, la señora Marianne Heller, identificaron el cuerpo del occiso como el de quien en vida llevó el nombre de Enrique Kleppert, ciudadano mexicano, propietario de cafetales en el estado de Chiapas, vecino de la ciudad de México y accidentalmente en el Puerto».

Los periódicos publicaban las declaraciones de Olenka Kochuvielsky, las de su hija y también las del criado y su mujer, aunque estos últimos de nada se enteraron, pues según ellos dormían al momento de producirse el accidente, o el crimen. Olenka insistía en su dicho de la mañana anterior; el muerto, Enrique Kleppert, amigo suyo y de su hija, la instruía en el manejo de una pistola Colt, calibre 32, de ráfaga, que al dispararse accidentalmente en sus manos hirió a Kleppert en diversas partes del cuerpo. Por su parte Marianne sostuvo que su madre actuó premeditadamente y disparó sobre Kleppert a sangre fría, si bien rehusó extenderse en los pormenores o motivaciones del crimen. En cuanto a la vieja, Natalia Kochuvielsky de nombre, los periódicos apenas si la mencionaban. Como solo repetía la palabra francesa «merde», se juzgó poco importante consignar su dicho en letras de molde.

Elementos de la policía judicial federal, en compañía de peritos en balística, llegaron de la ciudad de México para colaborar en las investigaciones, informaban los periódicos, y también que de las tres mujeres solo Olenka Kochuvielsky había quedado detenida. Se preveía una larga investigación, y un no menos prolongado enjuiciamiento de la responsable. Tal vez un gran escándalo social, sugería un tabloide amarillista.

En cuanto el Negro se enteró de que los judiciales metropolitanos llegaban a «colaborar» con los del Puerto se puso de un humor de los perros. Con dos de sus compañeros estaba esa noche en *El Pabellón*, una cantinucha cerca del mercado. En la barra pidió el cubilete y copas para los tres. Entre sus amigos y el cantinero trataban de calmarlo, pero a él le faltaba boca para barbotar mentadas de madre.

II

TACITURNO, CON APARIENCIA más de profesor universitario que de jefe de las SS en París, Helmuth Heller contaba con un doctorado en historia ganado en Heidelberg; hablaba fluidamente ruso y francés, y era tipo común y corriente salvo por su peculiar mirada. Sus compañeros de Heidelberg le apodaron *Die Schlange*, la víbora o serpiente, pues Helmuth podía fijar sus ojos en cosas o personas largo rato, sin pestañear una sola vez. Desde sus años mozos gastaba gafas de aro doble para destacar la singularidad de sus ojos. Tenaz por añadidura, organizado, celoso en el cumplimiento de sus deberes, acertó el Reichsführer Heinrich Himmler nombrándole delegado general de la Gestapo en París, poco después de caer la capital en manos alemanas.

Por su parte Olga Kochuvievsky —Olenka para Natalia, su madre—, jamás llegó a plantearse si en verdad amaba a Heller. Al cabo de casi cuatro años de ocupación germana, el racionamiento de alimentos, ropa y carbón desplazaba cuestiones de significación menor, de donde acostarse con Helmuth dos veces por semana en el Hotel de L'Etoile no representaba gran sacrificio vistas otras ventajas y seguridades: comer, echarse encima alguna ropa, evitar que ella y su madre padecieran los rigores del invierno, el último de los cuales, el de 1943, causara tantas víctimas. Todo eso, y poder circular libremente por las calles con el salvoconducto de la Kommandantur en el bolso no eran para Olenka valores equiparables al amor, pero tampoco los desprecia-